

LITERATURA SECRETA EN LA RIOJA. OLVIDADOS, RAROS Y HETERODOXOS: LOS OTROS ESCRITORES DE LA RIOJA EN EL SIGLO XX*

DIEGO MARÍN ABEYTUA**

RESUMEN

Dentro de la historia literaria de La Rioja existen muchos escritores que han sucumbido al paso del tiempo. La vida y obra de algunos de ellos han sido sobresalientes, dignas de obtener mayor reconocimiento que el nulo recibido. La Rioja ha sido lugar de nacimiento de escritores claves en la literatura realizada en Burgos, en la literatura de Soria y de La Coruña, también de un ganador del Premio Nadal de Novela, con un autor capital en el nacimiento de la literatura erótica en España y con uno de los autores más prolíficos, además de precursor de la novela de ciencia-ficción española. Algunos de ellos, los casos más significativos, los escritores más heterodoxos y singulares, *rara avis* de la fauna literaria, y todos ellos perdidos en el olvido, son descritos en *Literatura secreta en La Rioja. Olvidados, raros y heterodoxos: los otros escritores de La Rioja en el siglo XX*. Primero destaca la tríada de escritores nacidos en Haro Francisco José Alcántara, «Clark Carrados» y Carjosán (cada cual más original), luego otros tres autores que emigraron fuera de La Rioja, como José María Cañas, Julio Herrero y Rafael Núñez Rosáenz y, finalmente, un autor aún vivo pero igual de extraordinario que los anteriores: Mariano Casanova.

Palabras clave: Escritores olvidados, raros, heterodoxos, Francisco José Alcántara, Carlos José Sánchez, Carjosán, Luis García Lecha, Clark Carrados, José María Cañas, Julio Herrero Ulecia, Rafael Núñez Rosáenz, Mariano Casanova, Codal, traductor, novela erótica, ciencia-ficción.

Inside the small literary history of La Rioja there exist many writers who have succumbed to the passage of time. The life and work of some of them have been very good, they deserve more recognition of nothing they have deserved. La Rioja has been a place of birth of writers very important in the literature realized in Burgos, in the literature of Soria and La Coruña, also

* Registrado el 9 de septiembre de 2008. Aprobado el 10 de octubre de 2008.

** Investigador Agregado del Instituto de Estudios Riojanos. C/ Portales, 2. 26071. Logroño.

a winner of the Premio Nadal de Novela, with a very important author in the first erotic literature in Spain and with one of the most prolific writers and one of the firsts authors of science-fiction spanish novel. Some of them, the most significant authors, the most heterodox and singular writers, rara avis of the literary, and all of them lost they are described in Secret literature in La Rioja. Forgottens, rares and heterodoxes: others writers of La Rioja in the XX century. First the triangle of writers born in Haro Francisco Jose Alcántara, «Clark Carrados» and Carjosán (everyone very originals), later other three writers who emigrated out of La Rioja, as Jose María Cañas, Julio Herrero and Rafael Núñez Rosáenz and, finally, a writer still alive but a extraordinarily author: Mariano Casanova.

Key words: Writers forgottens, rares, heterodoxes, Francisco José Alcántara, Carlos José Sánchez, Carjosán, Luis García Lecha, Clark Carrados, José María Cañas, Julio Herrero Ulecia, Rafael Núñez Rosáenz, Mariano Casanova, Codal, translator, erotic novel, science-fiction.

Los españoles tenemos un gran amor a la necrofilia,
a rescatar gente a la que dejamos morir de hambre y miseria,
como al querido Miguel de Cervantes.

Mariano Casanova

Como en toda competición, la gloria sólo se la lleva el primer clasificado. De los demás poco se sabe. En la literatura, en la vida, el paso a la Historia rara vez es justo. Así pues, un golpe de fortuna o un tropiezo inoportuno pueden encumbrar o enterrar los méritos de una persona, de un escritor. Si alguna vez se ha discutido sobre la propiedad o simple existencia de una literatura riojana, cierto es que en ésta encontramos autores apartados, fuera de antologías, medios de comunicación o reconocimientos oficiales y que, con frecuencia, son los mayores merecedores de participar en todo lo anterior. La humildad, el desengaño o la sencilla resignación son las barreras que se han interpuesto esos escritores para que ahora mismo sean perfectos desconocidos. En La Rioja contamos con escritores claves en la literatura realizada en Burgos, en la literatura de Soria, también con un Premio Nadal, con un autor capital en el nacimiento de la literatura erótica en España y, sin el menor atisbo de duda, con uno de los autores más prolíficos, además de precursor de la novela de ciencia-ficción española. Todos ellos son hoy auténticas personas anónimas. Precisamente por esta condición, el acceso a los mismos es imposible, pues la mayoría han fallecido recientemente o, si viven, rechazan reencauzarse en la vida literaria, ya suficientemente escarmentados. Algunos de ellos, los casos más significativos, los escritores más heterodoxos y singulares, *rara avis* de la fauna literaria, y todos ellos perdidos en el olvido, son citados a continuación.

Uno de los casos más sangrantes es el de Francisco José Alcántara, ganador del Premio Nadal 1954 por la novela *La muerte le sienta bien a Villa-*

lobos. Esta valiosa anécdota de que un riojano ganó el Nadal no es desconocida entre los entendidos, pero poco más se sabe del autor ya que la mayoría ni siquiera ha leído la novela premiada. En alguna ocasión, incluso, hay quien ha llegado a afirmar airadamente que el literario Villalobos no es otra localidad que Haro, donde el autor nació el 14 de febrero de 1922. Y, claro, esto pudiera ser perfectamente si no fuera porque no sólo en la novela no se cita dato alguno correlativo a Haro, también porque Alcántara emigró fuera junto a toda su familia en 1924, cuando sólo contaba dos años, lo que elimina la posibilidad, siquiera, del heterónimo geográfico.

Los pocos datos que aún se pueden saber de Francisco José Alcántara los guardan los pocos ejemplares que se pueden conseguir de *La muerte le sienta bien a Villalobos* en librerías de lance. Las solapas de las primeras ediciones —cuando en el ejemplar sobreviven éstas— dicen: «Ha vivido en diversas capitales españolas. Ingresó en la Compañía de Jesús en Loyola en 1941 y se trasladó por dos años a Caracas y otros dos a Bogotá, donde estudió Humanidades Greco-latinas. De vuelta a España estudió Filosofías y Letras en Zaragoza y Barcelona. Deja la Compañía y desde entonces se dedica a la enseñanza privada y a su fuerte vocación de escritor. En un verano escribe la novela *La muerte le sienta bien a Villalobos*, que obtiene brillantemente el Premio Eugenio Nadal 1954. Esta es una novela planeada y resuelta con una mentalidad extraordinariamente aguda, con una profunda intención poética y satírica. *La muerte le sienta bien a Villalobos* es una obra de nuestros días, viva y sensible, servida por un estilo narrativo simple, delicado y magistral». De la novela, en verdad divertida, de género costumbrista, enredada pero ágil, poco más se puede decir que su primera y significativa frase: «Es posible que en Villalobos hayan estado alguna vez de acuerdo los relojes». *La muerte le sienta bien a Villalobos* es la paradoja de cómo un fallecimiento saca del entumecimiento a una población rural de la España franquista, de cómo la muerte trae la vida al pueblo. De su autor, con tanto trajín y tan poco descanso, es difícil extraer nada nuevo. Su padre, el madrileño Pedro Alcántara García, casado con su madre Concepción Hernández Guardiola, era fiscal-jefe y los traslados de la familia por su profesión fueron frecuentes. Francisco José fue el menor de los seis hijos de los Alcántara Hernández.

Afincado la mayor parte de su vida en La Coruña, Francisco José Alcántara tocó techo literario ganando el Nadal y, aunque parece que desapareció tras ello, o al menos que se refugió en la labor de traductor, eso no es del todo cierto. Remontándonos en el tiempo, las noticias que se publicaron en su día ofrecen datos curiosos, como la estatura y la complexión física del escritor, a cada cual más disparatado. Aunque NUEVA RIOJA publicó una información semejante en portada de los días 7 y 8 de enero de 1955, éste y muchos otros medios de comunicación recurrieron a LA VOZ DE GALICIA como fuente de información. El siguiente artículo aquí recogido es la portada de LA VOZ DE GALICIA del viernes 7 de enero de 1955.

FRANCISCO JOSÉ ALCÁNTARA OBTUVO ANOCHE EL PREMIO NADAL

Este joven escritor reside en La Coruña

Al habla con el galardonado

[...] Pasada la medianoche nos llega la noticia de que el más acreditado premio literario de España, el Nadal, ha sido concedido al escritor residente en La Coruña Francisco José Alcántara-García Fernández, colaborador de LA VOZ DE GALICIA. La noticia de esta concesión es simultánea a un desfile de incesantes llamadas telefónicas desde todos los periódicos de España pidiéndonos datos sobre la personalidad del galardonado. Nosotros, pasada la una de la madrugada, localizamos a Francisco José en su domicilio, prendido también del teléfono, que reclama su voz, sus opiniones, sus preferencias sobre las más peregrinas cuestiones, desde los cuatro puntos cardinales de la atención nacional.

—¡No, no soy guapo! —contesta con ironía a un interrogador desconocido. Mido 1,70 de estatura y no recuerdo cuánto peso. Poco; soy delgado.

Nosotros, mientras hablamos, observamos a Francisco José, captando todos esos detalles que siempre interesan al curioso lector. Aunque estaba en la cama cuando las llamadas telefónicas de los amigos le trajeron la gran noticia, ha tenido tiempo de peinar su corto pelo y ajustarse unas gafas *Truman* que dan un aire de intelectual tímido y cansado a su persona. Tras estos cristales brillan unos ojos atentos en un rostro sereno, un rostro de «hombre tranquilo», como él mismo se define luego en nuestra charla.

—Tu novela se titula *La muerte le sienta bien a Villalobos*. ¿Quién es Villalobos?

—Villalobos no es una persona —comienza explicándonos—, es un pueblo. Un pueblo imaginario de Castilla que yo sólo he visto en mi imaginación. Un pueblo dormido al que le sienta bien (le da vida) la muerte de un personajillo importante en él.

—¿Cuándo la escribiste?

—La comencé en junio y la terminaré en unos tres meses, en el tiempo justo para enviarla al concurso, cosa que dudé mucho hacer, un poco desilusionado porque el año pasado me presenté a él con la primera novela de mi vida, titulada *Desenlace*, de la que esperaba más que de ésta y sólo fui mencionado entre veintitantas más...

—Sin embargo, te decidiste...

—Efectivamente, aunque sin decírselo a nadie y también sin grandes ilusiones. Precisamente esta noche me acosté sin pensar que era la noche del fallo y me dormí tan tranquilo, hasta que el teléfono de despertó.

—Cuéntame algo de la acción de esta obra.

—En realidad la comencé pensando hacer un cuento. Un cuento que se me fue de las manos a medida que lo escribía y que acabó siendo eso, una novela.

—Hablemos de ti mismo. ¿Qué haces en la vida, además de escribir?

—Escribir es quizás lo que menos hago, aunque es lo que más me gusta. Ya sabes que soy licenciado en Filosofía y Letras y a casi todo el día me lo ocupan las clases. Esto me impide dedicarme a escribir con la existencia que quisiera y he de hacerlo siempre aprovechando “cuartos de hora” que me quedan libres aisladamente.

—¿Qué número hace esta novela en tu producción literaria?

—La segunda, pues la primera es esa *Desenlace* a la que antes me referí y ahora estoy con una tercera, titulada *Frontera*, de la que aún me queda bastante por hacer.

—Este premio, ¿significará un cambio en tu vida?

—Significará que dedicaré más tiempo a escribir y menos a las clases.

—¿Te preocupa el dinero?

—Soy un hombre parco. No gano mucho dinero con las clases, pero sí lo suficiente para lo que necesito gastar, que es eso, fumar, libros y cine. Mucho cine, porque de eso no me canso nunca.

—Veamos tus preferencias en cine. ¿Una película que te haya entusiasmado?

—*El salario del miedo*, por ejemplo.

—Preferencias en novela.

—No tengo ídolos concretos, sino obras aisladas que me entusiasman. Por ejemplo, muchos amigos se ríen de mí cuando les digo que *La montaña mágica*, de Mann, la he leído cuatro veces.

—La ganadora del último Nadal no conocía *El Quijote*¹. ¿Te molesta que te pregunte si lo conoces tú?

—Lo he leído once veces.

—¿Qué libros tienes ahora mismo en la mesa de noche?

—Pues una biografía de María Teresa de Austria, de Andor Németh, y *El ascenso a la verdad*, de Thomas Merton. Preferentemente suelo leer libros de filosofía. Eso suele ser lo que más me interesa.

—¿Y el teatro?

—Me gusta mucho el teatro. Hace dos años dirigí en Bilbao el montaje de *Muerte en la Cátedra*, de Eliot, pero el escribirlo me da miedo. Me parece más difícil que la novela. Naturalmente, me entusiasma y mis preferencias, por ejemplo, están en algunas cosas de O'Neill y de Anouilh, entre los últimos. Precisamente acabo de traducir al castellano la *Electra*, de Anouilh, en cuatro días. Eso ya evidencia afición, ¿no?

—Desde luego. ¿Con quién te quedas de entre nuestros novelistas?

—Con Baroja. Y eso que no lo conozco todo lo bien que quisiera.

—¿Tienes antecedentes literarios en la familia?

—Mi abuelo, Pedro de Alcántara, escribió algunos libros sobre temas pedagógicos. Mi padre, que era fiscal y a cuyos cambios de destino debo eso de haber vivido un año aquí, otro allá y así siempre, era muy aficionado a todas las cosas literarias, pero nunca escribió.

—¿Escribes a mano o a máquina?

—A máquina. Resulta más cómodo y rápido.

—¿Qué esperas de la vida?

—No sé. No soy hombre pesimista ni optimista. En realidad creo, eso sí, que el esfuerzo siempre conduce a algo. Trabajar, por ello, merece la pena. Ese es mi plan. El dinero del premio siempre viene bien pero lo importante es que se abran los caminos y que uno los sepa aprovechar. Voy a intentarlo.

Al llegar a este punto, nuevas llamadas a la puerta, nuevos avisos telefónicos, nos arrebatan a Francisco José Alcántara-García. Creemos que ha llegado el momento de abandonar su casa y así lo hacemos en el instante en que el reloj da las dos y media de la madrugada. Una madrugada verdaderamente prometedora en la vida de este joven escritor.

LUIS CAPARRÓS

1. La ganadora del Premio Nadal 1953 fue Luisa Forrellad.

A parte de las preferencias literarias y cinematográficas, gracias a la entrevista de Caparrós sabemos que el abuelo de Francisco José Alcántara es el considerado «padre de la pedagogía moderna española» Pedro de Alcántara García (1842-1906), fundador (junto a Julio Vizcarrondo y Cristóbal Colón de la Cerda) de la Sociedad Protectora de los Niños de Madrid. El escritor de origen riojano ingresó en el Noviciado de Loyola-Azpeitia el 14 de septiembre de 1941 y fue destinado por dos años a Caracas y a continuación dos más a Bogotá. A su vuelta —tal y como informa la Curia de Loyola— «se desvanece su presencia» en los archivos jesuitas, lo que «indica que por esas fechas se salió de la Compañía». Entonces debió de volver a Bilbao tras su misión americana y preparó y estrenó la obra teatral *Muerte en la Cátedra*. Luego se licenció en Filosofía y Letras en Barcelona y se asentó en La Coruña en 1953, donde ejerció de profesor de Filosofía y Griego en el Colegio de los Hermanos Maristas y colaboró en el diario LA VOZ DE GALICIA.

No obstante, su producción literaria no se limitó a *La muerte le sienta bien a Villalobos* y la inédita *Desenlace*. Después de obtener el Premio Nadal también colaboró en el periódico EL IDEAL GALLEGO y revistas como VIDA GALLEGA, de la Diputación de Pontevedra, que cuenta con sus colaboraciones en forma de cuentos y artículos desde el número 34 (1958) hasta el 71 (1961); ARRIBA, de la Falange Española Tradicionalista; ATLÁNTIDA, de la Delegación Provincial del Ministerio de Educación; e incluso en CODAL, el suplemento literario de la revista BERCEO del Instituto de Estudios Riojanos. En el número 25 correspondiente al año 1955, Alcántara publica la siguiente efeméride:

EL PREMIO NADAL RIOJANO HABLA A NUESTROS LECTORES

Segunda visita

Viajar con todo nuestro ser encima no basta. Hay que volver de otra manera. Volver con las obras.

Acabo de venir de Logroño, de mi casa. Y ya estoy de vuelta, la segunda, más cercana, más íntima que la peregrinación corporal. Ha sido ésta una visita rápida, apenas de unas horas: suficiente tal vez para que los ojos miren y el espíritu avizore una posibilidad que se ofrece próxima, palpitante.

Pero ir a casa, a los suyos, no se hace así, con los ojos nada más y con el espíritu inquieto. Es preciso, después, en la paz, tornar el espíritu, hacer una especie de balance de las horas. Después de asomarme a las calles, a las plazas, a las gentes y a sus miradas, hay que dar de sí el propio espíritu con su peso en las palabras agradecidas. Ahí está la creación logroñesa de las páginas limpias de BERCEO y CODAL, que me ofrecen la atalaya para esta segunda vuelta.

Son páginas puras de revistas en las que trasciende a la Rioja todo lo que es espíritu en ella. Me gusta que existan estas páginas en las que nos permita observar de nuevo y decir, decir una palabra, la última tal vez, que queda colgada de los labios después del adiós de la visita. Decir todo lo que ha sido inexpresable en las horas transcurridas, materiales, cargadas de sí, fugitivas.

He visitado Logroño. Y los deseos se han acrecentado más. Ese libro de peregrinaciones riojanas que puede bautizarse con la sabia invocación de las Fiestas del Vino, ese libro será en adelante una gravedad nueva de mi espíritu y me mantendrá en la inquietud de la realización hasta que la luz de nuestro cielo lo ilumine, vivo ya.

Y esto porque he visto la vida en Logroño. Porque he tocado, brevemente, su espíritu de la manera más jugosa.

He visto la tierra de mil posibilidades, de las miradas inteligentes, del entusiasmo fácil y denso por el vuelo espiritual. Algo así como la luminosidad que se extiende sobre la tierra. Un terruño que guarda sabor de cuaderna vía, de compases militares y de religiosidad de cenobio. Así he gustado esta tierra, donde un puñado de hombres trabaja por revalorizar lo que siempre ha tenido en su alma.

Es la posibilidad lo que fascina. El poder hace mucho. Con la sombra del Instituto de Estudios Riojanos, con el entusiasmo de unos hombres que salen del silencio para decir a gritos todo lo que la Rioja puede y debe decir, hay en Logroño algo que se palpita impulsivamente, algo que puede estremecer la tierra en torno. De nuevo tendremos la voz que enseñó a versificar a Castilla. Otra vez daremos la norma de la prosa elegante, del teatro en vanguardia, del espíritu. Es posible que surjan aún Teresas de Jesús que necesiten de la reciedumbre de nuestros hombres para elegir sus directores de almas. Y, sobre todo, ahí está la tierra, con el ánima a flor de carne, esperando.

Creo que la peregrinación será maravillosa. Pueblo a pueblo, villorrio a villorrio, cepa a cepa. Como el vino, se conservarán las esencias. Porque en el fondo de ese pueblo, de esa ciudad, está la esencia añeja, sabrosa. Se deja ver en los ojos, en las sonrisas. Y se siente uno hermanado con esa pujanza que ha resultado de nuestro pueblo.

Mi primera visita a Logroño, rápida y cordial, ha sido la visión mágica de una ciudad sobre una tierra y con espíritu lleno. Me he alegrado por ello. Y, después, con las obras, deseo la segunda vuelta.

En CODAL no hay constancia de que se produjera o se dejara testimonio escrito de esa segunda parte del viaje. Lo que sí continuó es su interés por el teatro, ya que en La Coruña siguió escribiendo obras de teatro para grupos aficionados, como la Agrupación Artística La Farándula («órgano oficial del Excmo. Ayuntamiento»), con la que estrenó el drama *La berida en la mano* (dirigido por Luis Iglesias de Souza) el 17 de septiembre de 1957 en el Teatro Rosalía de Castro de La Coruña, dentro del benéfico I Certamen de Teatro Nuevo. Esta obra mereció además el Premio Hércules de Plata 1957. Alcántara también fue colaborador ocasional de los periódicos HERALDO DE ARAGÓN, MADRID, YA y EL CORREO CATALÁN. En La Coruña también ostentó el cargo de Delegado de Estado para Prensa y Propaganda en 1955.

Según informa una necrológica publicada por Carlos Fernández el 17 de octubre de 1999 en LA VOZ DE LA CORUÑA, «Alcántara, casado con una italiana, vivió en Roma mucho tiempo, dedicado a la traducción y la enseñanza. Hace tres años retornó a La Coruña, donde era muy apreciado». Fernández también apunta que Alcántara «llegaba a leer 250 títulos por año», que daba clases «de nueve y media de la mañana hasta las diez de la noche, con un pequeño alto para comer» y que, cuando le dieron el Nadal, dotado con 100.000 pesetas, «estaba escribiendo otra novela, titulada *La Frontera*». Tanto ésta como la que no tuvo tanta fortuna en el Nadal (*Desenlace*) quedaron inéditas.

Por azares de la vida, en su caso muy viajera, o por contratos editoriales, Alcántara publicó otros dos libros en Alemania: *Sie kommen, don Antonio* (1961; «Ellos vienen, don Antonio», aunque el título original en castellano debía de ser *Historia de Esmeralda*) y *Wenn alles schief geht* (1964; «Si todo va hacia abajo», traducción de *La muerte le sienta bien a Villalobos*). A partir de estos libros Alcántara se dedica a la traducción y trabaja para varias editoria-

les como Bruguera o Plaza & Janés. En esta labor coincidió con otro riojano afincado en Barcelona, José María Cañas. Sus trabajos más destacados, sin embargo, verán la luz en Destino, pues fue el traductor de las obras del escritor francés Gilbert Cesbron *La abeja contra el cristal* (1966) y *Diario sin fecha* (1967); Noguer, para la que tradujo álbumes de fotografías como *Amancord* (1974) de Federico Fellini; Luis de Caralt, para la que tradujo la novela *El testamento de Donadieu* (1966) de Georges Simenon; Vergara, en la que tradujo y prologó el *Decamerón* (1969) de Giovanni Boccaccio, o Bruguera, en la que apareció una traducción de *Guerra y paz* de Leon Tolstói en 1981 firmada por José Laín Entralgo y él mismo. Para Noguer también realizó algunos impecables atlas de Arte como *Historia universal del Arte* (1967) y *Enciclopedia universal del Arte. Obras completas de pintores* (1968).

Como ya se ha apuntado, Francisco José Alcántara falleció en 1999 en La Coruña y la revista ABRENTE de la Real Academia Gallega de Bellas Artes de Nuestra Señora del Rosario, en la que ingresó en 1970, publicó una necrológica en su número 31 firmada por Juan Antonio Rodríguez-Villasante.

Más singular es el caso de otro oriundo de Haro, Luis García Lecha. Nacido el 11 de junio de 1919 en la capital de la Rioja Alta, en Haro estudió en la Escuela Enológica, aunque vivió la mayor parte de su vida en Barcelona, donde falleció el 14 de mayo de 2005. Al estallar la Guerra Civil se alistó voluntario del bando nacional —según afirman sus máximos estudiosos José Carlos Canalda y Carlos Quintana—, «suponiendo que iban a ser cuatro días». Llegó a ser teniente de la Legión y al acabar la guerra fue destinado a Lérida para luchar contra los maquis del Pirineo. Normalizada la situación eligió un destino civil y trabajó como oficial de prisiones, aunque desde 1962 disfrutó de una excedencia que se alargó durante décadas para vivir profesionalmente de la literatura.

Fue en la Cárcel Modelo de Barcelona donde conoció a un familiar del escritor Francisco González Ledesma (entonces «Silver Kane» en las portadas de sus libros), por lo que entró en contacto con las denominadas «novelas de a duro», libros de bolsillo de trama infinitamente copiada y destinados exclusivamente al sencillo entretenimiento del lector. García Lecha se animó entonces a escribir sus propias obras y, tras varias que resultaron inéditas, publicó su primera novela con la firma de «Clark Carrados» y bajo el título *Pupila azul*, en Bruguera. Posteriormente usó otros pseudónimos como «Louis G. Milk», «Glenn Parrish», «Konrat Von Kasella», «Elmer Evans» y «Casey Mendoza» en editoriales como Bruguera, Toray o Ediciones B, que publicaron más de 2.000 títulos de este autor jarrero. Entre ellos cabían todo tipo de géneros, desde la ciencia-ficción y el *wenster*, pasando por el policiaco o el bélico y hasta el erótico y de terror.

Luis García Lecha fue uno de los más prolíficos escritores españoles de literatura popular (o «de quiosco»), digno de ser comparado con Corín Tellado o Marcial Lafuente Estefanía. También fue articulista de revistas de tebeos como CAN-CAN y DDT y guionista de series de cómic como *Hazañas bélicas*, *Bonanza* o *Pulgarcito*. Incluso una de sus novelas, *El Capitán Fracaso*, fue

llevada al cine en 1968 por Arturo Ruiz Castillo (que luego también llevó a la pantalla grande *Las inquietudes de Shanti Andía* de Baroja) con el título *El secreto del Capitán O'Hara*, aunque sin mucho éxito. Las novelas de «Clark Carrados», antes cambiadas al igual que cromos e incluso alquiladas en librerías y quioscos de toda España, hoy son objeto de coleccionista.

Su hijo, Luis García Roig, que no ha seguido sus pasos, puesto que es ingeniero en electrónica, pero afirma haber leído todas las novelas de su padre, recordó el binomio Luis García Lecha-Clark Carrados en el número 86 del periódico SIETE SEMANAL en su edición de Haro.

«LO VEÍA SACANDO HUMO DE SU MÁQUINA DE ESCRIBIR»

Luis García Roig (Lérida, 1948) es el hijo mayor del escritor jarrero Luis García Lecha. Vive en Barcelona y ha trabajado en electrónica y telecomunicaciones para RTVE. Ahora recuerda a su padre con motivo del homenaje que le brinda el IER.

—¿Qué recuerdo le ha quedado de su padre?

—Muy agradable. Era bastante generoso e instructivo, un buenazo. Cuando estaba inmerso en sus novelas, yo lo veía encerrado en su despacho, sacando humo de su máquina de escribir. Madrugaba mucho, a las seis ya estaba levantado y escribiendo. Él se daba el madrugón estando en casa y yo me los daba para ir al trabajo. Me explicaba que así tenía la mente más despejada para desarrollar sus novelas. De vez en cuando desconectaba con sus aficiones, se distraía pintando cuadros.

—¿Cómo llegó a la literatura?

—Era funcionario de prisiones, en concreto, oficial y estaba en oficinas, así que trataba con abogados, entradas, salidas... Y trataba correctamente a los reclusos, la mayoría por motivos políticos entonces. Uno de ellos le animó a escribir novelas, ya que desempeñaba bastante bien la redacción y le pedían corregir textos. Un día se lanzó y, tras diversas adversidades, le aceptaron su primera novela y ya cogió carrerilla.

—¿Como lector, qué es lo que más destacaría de su obra?

—Las de ciencia-ficción y las bélicas. Las primeras las escribía de forma muy verosímil y las bélicas las hacía muy bien, quizá porque vivió la Guerra Civil y eso le aportaría experiencia militar.

—¿Por qué eligió aquellos pseudónimos?

—No lo sé realmente, al menos del primero y principal, «Clark Carrados». Los otros vinieron después: «Louis G. Milk» es una traducción libre de su nombre y «Casey Mendoza» se refiere a la ciudad argentina, donde tenía muchos lectores que le escribían.

—¿Qué relación mantuvo con Haro durante su vida en Barcelona?

—Estaba distanciado físicamente, pero no sentimentalmente. Siempre me comentaba anécdotas de Haro, del entorno, las bodegas...; y me indicaba: «La cosecha de tal bodega este año está catalogada como Excelente». Hablaba mucho de vinos. En cuando podía se daba un viaje con mi madre para comer cordero asado bien regado con un buen vino del lugar, que era uno de sus platos preferidos. Solía acudir a Casa Terete.

García Lecha escribía en su máquina de escribir Underwood, en sesiones laborales interminables. Las historias tenían un esquema fijo a partir del cual se originaban las variaciones, a pesar de las cuales las novelas eran muy semejantes no sólo entre la misma producción de un solo autor, también entre distintos escritores. Luis García Lecha cuidó un poco más su prosa, primando en ella las descripciones y narraciones sobre los diálogos insustanciales. Sus hete-

rónimos, además, también registraban cierta distinción con respecto al contenido de los libros. Así pues, «Clark Carrados» y «Louis G. Milk» eran firmas habituales en las novelas de ciencia-ficción, «Casey Mendoza» en las del Oeste, «Konrat Von Kasella» para las de género bélico y «Glenn Parrish o «Elmer Evans» para las policíacas. Fueron aquellos años 60 y 70 una época extraña para la literatura, el lector quería leer pero no pensar, se editaba a un ritmo vertiginoso y los escritores podían vivir de su obra, eso sí, llegando a entregar dos y tres novelas semanales a la editorial, como llegó a conseguir Luis García Lecha. El mercado, como no podía ser de otro modo, se agotó y la mayoría de los autores del género, como García Lecha, volvieron a sus trabajos originales. O como Ángel Torres («A. Thor Kent»), que era pastelero.

El Área de Filología del Instituto de Estudios Riojanos le dedicó a este autor unas jornadas de homenaje en abril de 2008. Para la ocasión se editó el libro *Del espacio sideral al lejano oeste*, que recoge el relato «¿Dónde hay espacio?» y las novelas *Dimensión X* y *Un ladrón muy privado*, además de una introducción y una completa bibliografía sobre Luis García Lecha. Además, el historiador jarrero Gonzalo Capellán ha editado a través del Ayuntamiento de Haro la hasta ahora novela inédita *Viaje al Valle de Oro*.

Para completar una curiosa tríada de escritores jarreros es necesario citar también a Carlos José Sánchez Pérez de Nanclares. Debido a la longitud de su nombre completo reduce su firma al acrónimo silábico «Carjosán». Nacido en Haro en 1936 y recluido en Anguciana (La Rioja, a 4 kilómetros de su localidad natal) para dedicarse al negocio enológico en la Bodega Gómez Aragón tras su jubilación como maestro, Carjosán es un celeberrimo escritor riojalteño con muchos admiradores.

Toda su vida laboral la ha dedicado a la enseñanza, primero en el desaparecido colegio de Cihuri y posteriormente en el Virgen de la Vega de Haro. Precisamente bajo su condición de maestro de la Escuela de Cihuri fue recibido, junto a sus alumnos, por el Papa Pablo VI en el Vaticano y por Manuel Fraga en Madrid, cuando éste era ministro de Información y Turismo en la dictadura de Franco. Pese a lo anterior, Carjosán fue un convencido carlista, formó parte de la Junta Carlista de Haro e incluso ejerció de teniente de alcalde de Anguciana.

Sin embargo, la tarea que más efímero prestigio ha proporcionado a Carjosán es, antes que la literaria, la periodística, aunque ambas circularon de forma paralela. Carjosán fue, en los 80, corresponsal en Rioja Alta de los periódicos NUEVA RIOJA y el extinto LA GACETA DEL NORTE, sobre todo en temas deportivos. Era habitual su firma en las crónicas de los partidos del Club Haro Deportivo en Tercera División pero, por encima de éstas, sobresalían sus textos de creación que de vez en cuando salpicaban las páginas del periódico y que, como es el caso de la sección «Pequeños detalles sobre grandes cosas» el 31 de enero de 1963, daban gracia a la información periodística desde la anécdota más banal.

ANTE LA PUERTA

Desde el alba al ocaso (durante el devenir de la jornada), los hombres, muchas veces, coinciden ante la puerta. La manera de franquearla, al entrar o al salir, califica al viandante. Evidentemente, son muchas las distintas situaciones a vivir junto a la puerta. Enumerarlas todas sería incurrir en prolijidad enojosa.

Concretando: para poder entrar es preciso que salga quien esté dentro. Hoy por hoy resulta imposible burlar la ley física de la impenetrabilidad. Tal vez mañana, en algún país adelantado, se anule esta ley... pero hoy día es imposible estar dos donde sólo cabe uno. Sin embargo, hay personas que pretenden entrar (en autobuses, filas de teatros, etc.) sin permitir que salgan los que todavía están dentro. Total: quien así se comporta raya en la descortesía más acusada.

A veces, cuando dos personas coinciden en la misma puerta, nadie concede prioridad al “contrario”, pretendiendo a toda costa —¿hay que vivir tan deprisa?— pasar el primero. Pues bien: cuando se coincide ante la puerta ha de pasar el último, el más educado. De aquí que muchas veces se susciten porfías, no cediendo ante la amable invitación del vecino. Claro que habrá que acabar por decidirse, ya que de lo contrario cabría la posibilidad de paralizar toda una jornada de trabajo. Mas no se olvide: ¡el más educado pasa el último o, al menos, lo intenta!

Las puertas (si pertenecen a un dueño consciente de la limpieza y de un mínimo de facilidades para quienes las han de manejar) están provistas de manillas y recuadros de cristal para evitar que —al abrir o cerrar— las manos puedan mancharlas. Sólo una persona descortés ha de colocar sus manos fuera de estos lugares, pudiendo, muchas veces, manchar o contribuir a manchar.

Las puertas no tienen nada que ver con los tambores o artefactos explosivos. Aquel que repiquetea insistentemente o da portazos inmediatamente se autocalifica como tamborilero o petardista, mas nunca como persona cortés.

CARJOSÁN

También obtuvo el diploma al Mérito Escolar SEM 1956 de Asturias y, «con orgullo», el primer premio del Concurso Escolar Caja Provincial de Ahorros de La Rioja de 1962 y de 1967. Organizó en aquellos años diversos actos culturales (sobre todo literarios) en Haro, donde fue reconocida su labor nombrándole pregonero (o «mantenedor») de las fiestas patronales de la Virgen de la Vega en 2002, honor que ha recaído en los últimos años en Bertín Osborne, Fernando Sánchez Dragó, Juan Manuel de Prada, Fernando Sáez Aldana y Rosa Villacastín. Asimismo, en 1981 ganó el tradicional Concurso de Piropos a N.^{ta} S.^{ra} de la Virgen de la Vega, organizado por la homónima cofradía religiosa y por la que fue descrito como «inefable poeta jarrero» de un «heterodoxo verso libre», y también el segundo premio del Certamen Nacional Pro Exaltación de los Valores Riojanos 1972 de Haro.

Su primer libro publicado, tras dejar inédita una *opera prima* como *El diablo es un hombre bueno*, fue *Los probos empleados* (1959), un relato sobre las habladorías y envidias rurales. Como escudo, una cita inicial del siempre original Cela: «Novela es todo aquello que, editado en forma de libro, admite debajo del título, y entre paréntesis, la palabra novela». La obra está dedicada a los «hombres pobres» de espíritu y narra los chismes insustanciales y con el único fin de dinamitar al vecino que se suceden en la Sociedad Artística Intelectual de la imaginaria ciudad de Sierralonga, aunque bien parece reflejar el ambiente del centenario Café Suizo de Haro.

Su segunda publicación es *Pensamientos filosófico-literarios* (1961), una recopilación de extractos emitidos por medio de RADIO RIOJA en los espacios dirigidos por el locutor Manolo González. Transmitidos por las ondas riojanas como reflexiones al socaire de la actualidad, tal y como hace hoy Luis del Val en Cadena SER, Carjosán compartió con los oyentes las 500 reflexiones que luego publicó en este libro. La primera, una sentencia reveladora y un tanto paradójica:

«Nada más fastidioso que sentarse ante la mesa de trabajo, tomar papel, pluma y estrujar la cabeza por ver si exprime alguna idea».

El párroco de Leiva Carmelo Tecedor prologó el citado volumen, en el que define a Carjosán como «un joven emancipado de servidumbre, tan actual como dura, que a tantos esclaviza. Su valor es un conjunto formado por muchas horas de reflexión y soledad, bajo la rumia vivificante de cuanto en el ambiente, lecturas o conversaciones captó» y añade, de forma rimbombante, que «La noble arquitectura de su conjunto moral y su intuición vidente y sutil le han hecho pensador extraordinario, a la par que dominador de síntesis. Maestro nacional —de vocación—, profundo psicólogo y guiador de almas, nada ha colocado en la riqueza y jugosidad de sus *Pensamientos*, que previamente no haya vivido en plenitud».

Tras un largo paréntesis en el que sólo publicó la monografía enológica *El vino* y colaboró en la edición de la *Guía de arte de la ciudad de Haro* (1978) de José Manuel Rodríguez Arnáez (Galardón de las Bellas Artes en La Rioja 2008), dio a luz una obra de homenaje a su fiel compañero, su perro: *Yo patullo con mi chusquel Yakky* (1978; con fotografía de Félix Rodríguez de la Fuente). Tras este críptico título tan sólo se esconde —en «etnografía lingüística de Haro», que afirmara el propio Arnáez— la confesión «Yo converso con mi perro Yakky», y una advertencia en forma de dedicatoria: «Verás la que se va a armar, Yakky, el día que aprendas a leer y te sepas coprotagonista de este libro». Esta rareza literaria ilustrada por Rodríguez Arnáez no lo es tanto puesto que el diálogo con el perro es un subgénero poético frecuente entre los escritores amantes de estos animales. Al más popular ejemplo de Antonio Gala y sus *Charlas con Troilo*, hay que unir nombres como los del riojano Antonio Cillero Ulecia y su compañero estival Ramón de Garciasol, que cantaron al perro del primero, el pastón alemán Atila, en los libros *El llanto de las fuentes* y *Atila*, respectivamente, de forma muy similar a la del entrañable libro de Carjosán.

Aunque con una nueva novela que lleva décadas gestando, en esta ocasión sobre el despertar sexual en la adolescencia —basada, según el propio Carjosán, en su experiencia docente con la juventud: «pretende pintar “a lo vivo” la vasta vida sexual de los adolescentes, orillando la mojigatería, contando lo que acontece en las conciencias y castigando a quienes no se preocupan de educar integralmente a los chavales. Creo que es una novela didáctica. Todo acontece en doce horas seguidas, recogidas en 140 folios, aproximadamente—, y que tiene como título *350 millones de hijos al suelo*, su última publicación es *La playa del Ebro* (1992). Este relato edi-

tado en edición príncipe (formato de díptico) es su particular ajuste de cuentas con el jurado del VII Premio de Narración Breve «De Buena Fuente»², que convoca anualmente el Ayuntamiento de Logroño y Fundación Caja Rioja, y al cual, además de este texto, dedicó una carta al director publicada en el diario LA RIOJA. Con no poca ironía y rencor, el 7 de julio de 1992 le fue publicada la siguiente opinión, tan interesante o más que el relato presentado al concurso y que resume a la perfección los sentimientos de los no premiados en este tradicional certamen literario:

EL PREMIO «DE BUENA FUENTE»

Señor director:

El Excmo. Ayuntamiento de la ciudad de Logroño convocó, con el patrocinio de Cajarioja, la VII edición del premio «De Buena Fuente». Primavera 1992. El apartado segundo de las bases que regían este concurso especificaba que «El argumento obligado de las narraciones sería la Playa del Ebro-Logroño».

Las narraciones que han sido premiadas estaban tituladas de la siguiente manera: «Quizás porque mi niñez sigue jugando en tu playa», «La historia imposible de la playa», «Antón va a la playa», «Ese cóndor de ninfa», «La leyenda de la playa roja» y «La otra playa». Yo no dudo que estos trabajos presentan la suficiente calidad literaria para ser acreedores a los premios concedidos por un jurado cualificado y justo, pero los títulos se me antojan un tanto extraños.

También quiero exponer que el apartado undécimo de las bases generales dice: «La devolución de los originales no premiados se efectuará en la redacción del periódico DE BUENA FUENTE del Ayuntamiento a petición de los autores y previa entrega del correspondiente resguardo». Al pretender recuperar mis cinco originales (día 19 de junio de 1992) solamente me entregaron cuatro, argumentando que no me entregaban el quinto porque «lo habían tirado a la papelera». (El apartado tercero de las bases aclaraba que las narraciones «deberían ser presentadas por quintuplicado».) Entendiendo que me asiste el derecho a recuperar la totalidad de los escritos enviados al concurso que nos ocupa, adelanto que no desestimo la posibilidad de exigir cortésmente y como mejor proceda, amparado en apoyaturas jurídicas, el original «tirado a la papelera», olvidando la delicadeza de haberme tratado así, de manera tan inelegante y soez, y recordando que estoy dispuesto a incoar una demanda amistosa a fin de recibir oportunas satisfacciones y merecidas disculpas, en un medio de difusión, por parte de los patrocinadores del concurso.

Mis cuatro trabajos recuperados presentan una conservación impoluta (han sido hojeados con manos enguantadas) por cuanto se podría sospechar que «no han sido manoseados por el jurado o, lo que es igual, leídos. El firmante de esta carta abierta (a quien no se premió porque evidentemente su narración carecía de la calidad necesaria) alberga la posibilidad de someterlo a un análisis dactilar, a fin de comprobar cuántos de los cuatro jurados, presididos por el Excmo. señor alcalde de Logroño, han leído sus ocho páginas, pues seguimos entendiendo que si se exigieron cinco originales era para facilitar la ardua labor del jurado, al que le es más cómodo trabajar con cinco ejemplares que no con uno, máxime si se tiene en cuenta que se presentaron 77 originales (correspondiendo al nuestro el número 36, presentado el día 27 de mayo de 1992) dentro del plazo abierto de admisión, hasta el día 31 de mayo de 1992.

En el periódico del Ayuntamiento de Logroño, DE BUENA FUENTE, viernes 19 de junio de 1992, se lee: «El pasado día de San Bernabé se hizo público el fallo del VII

2. Aquella edición del concurso fue ganada por Chema Iglesias Alves.

Premio de Narración Breve “De Buena Fuente” que, en esta ocasión, tenía como tema obligado la Playa del Ebro». Felicito a los ganadores, al jurado y a cuantos se esmeran y preocupan por el florecimiento de la literatura.

CARJOSÁN

Es Carjosán un escritor peculiar e interesante, más propio de ser personaje de sus propios escritos que el autor de los mismos. Otro de sus recordados textos periodísticos, entrevistando al historiador jarrero Antonio Lareta Redondo, que acababa de publicar el libro *Haro, vinos e historia* (1983), contenía las siguientes revelaciones: «No podemos criticar el libro. Dos razones nos lo impiden. Primera: no lo hemos leído. Segunda: nos falta autoridad para tal menester». Su retiro voluntario a Anguciana responde a un autoexilio, agobiado, abrumado o harto ya de Haro, donde, no obstante, aún se le recuerda bien «Inmortal y nunca bien reconocido Carjosán», dijo el periodista Roberto Rivera (EL CORREO, edición La Rioja, Pág. 8 del 9/9/2005). La última epístola que recibí de Carjosán, en marzo de 2007, finalizaba con una despedida en forma de fallido endecasílabo, pero maravilloso de todos modos: «Son las nueve y veinte, tengo que viajar».

El caso de José María Cañas Baños es, como ya se ha apuntado, más parecido al de Alcántara. Nació en torno a la década de los 20 en Logroño y vivió junto a sus padres en la calle Juan Lobo. Fue hijo único. Formó parte, junto a Marcos Martínez y Rafael Azcona, de lo que podría denominarse la primera generación de escritores riojanos, espoleados por un polifacético y excéntrico intelectual de provincias de la época llamado Godofredo Bergasa (miembro de la Junta Provincial de Beneficiencia y del Partido Radical, por lo que llegó a ser concejal de la ciudad y presidente de la Diputación Provincial). Bernardo Sánchez, en la biografía *Rafael Azcona: hablar el guión* (2006), describe así al grupo:

Marcos Martínez, José María Cañas y él [Azcona] eran tres alevines barojianos que trabajaban, que leían (sobre todo) y que, en definitiva, formaban una pequeña conjura de aspirantes a las letras. Cañas era barman en la Cafetería Danubio, una de las principales del “Espolón” logroñés, y Martínez estaba empleado en la juguetería de Silvestre García. Cuando caía la tarde y salían de sus respectivos trabajos —Azcona, de “El Avión”—, se juntaban en la casa de Cañas en la Calle Juan Lobo, en pleno “barrio gremial” de la ciudad y, por tanto, no muy lejos de las “Herrerías” donde había estado la Escuela de Zuazo. Sus dos amigos habían decidido en un momento dado que la literatura no era suficientemente provechosa y que lo que había que hacer era guiones de cine. Azcona cree recordar que el cambio de planes de sus amigos Marcos y José María les vino provocado por una visita a un escritor local, Enrique Paul y Almanza, quien les dijo que tenía escrito un guión de cine. Y a eso se prestaron: a guionizar.

En 1951 Rafael Azcona se trasladó a Madrid para intentar vivir de la literatura, Marcos Martínez, que había llegado a publicar en la revista FANTASÍA y el periódico PUEBLO, emigró en primera instancia a Galicia y luego a Buenos Aires, donde se dedicó a la dramaturgia; y Cañas hizo lo propio asentándose en Barcelona. Tres sueños similares partieron desde Logroño y siguieron distintos derroteros. De quien menos se conoce es de Martínez porque José María Cañas consiguió publicar su primera novela, *Nubes y barro*, en 1953 en la editorial barcelonesa Luis de Caralt. La primera obra de Cañas Baños es la persecución del sueño de ser escritor por parte de un joven escritor que viaja

del pueblo a la capital. Una historia muy parecida es la de la novela *Los ilusos* de Azcona, publicada por primera vez en 1958, y es que no sólo los primeros años de independencia de estos dos jóvenes logroñeses transcurrieron de forma muy semejante, ambas historias también guardan elementos semiautobiográficos de sus propias vidas. Así, en *Nubes y barro* se reconoce a Bergasa como «Atilano Garmendía», a Rafael Azcona como «Jaime Madurga» y a «Juan Serrano», el protagonista, como el propio José María Cañas. Todo lo anterior lo ratifica, aunque con ciertas contradicciones, el propio autor en una entrevista concedida a NUEVA RIOJA en agosto de 1953:

UN NOVELISTA LOGROÑÉS TRIUNFA EN BARCELONA

José María Cañas ha sido albañil, fundidor, «barman» y cómico de la legua

Ahora escribe novelas realistas con gran éxito del público

Por la prensa de Barcelona teníamos noticia del éxito alcanzado en la expresada capital catalana por un logroñés, José María Cañas, en sus primeras armas como novelista. Ello había despertado en nosotros la natural curiosidad, que hemos querido satisfacer al saber que José María Cañas pasaba unos días en Logroño.

Es José María un joven de corta estatura, aspecto simpático y mirada vivaz, que revela un espíritu inquieto, puesto también de manifiesto a través de la charla. De su novela únicamente conocemos el título, *Nubes y barro*, y el lisonjero éxito de venta que está obteniendo. Por esto, nuestra primera pregunta es:

—¿De qué trata la novela?

—Es la lucha de un joven escritor que, situado en nuestro medio ambiente, pugna por darse a conocer. Una novela realista, amarga...

—¿Autobiográfica?

—No. Creo que no. Aunque, naturalmente, tiene bastante de mí mismo. Pero no de lo que a mí haya podido sucederme; no de «mi caso», sino de lo que yo creo que son, que deben ser las ansias de todo escritor en la lucha por hacerse un nombre.

—¿Problemas del escritor joven?

—Formarse. Escribir. Escribir mucho, sin desaliento, aunque no vea el fruto de sus desvelos. Perseverar. Y, luego, suerte...

—¿Tú la has tenido?

—No puedo quejarme. Primero verme incluido en el catálogo de un editor como Luis de Caralt. Después, la gran acogida que la obra está alcanzando...

—¿Es tu primera novela?

—Es la primera que se edita. Pero tengo seis más. Una de ellas, de fondo político-social, crítica al comunismo y al capitalismo, buscando la solución cristiana de hermanar el capital y el trabajo.

—¿Desde cuándo escribes?

—Desde los 16 años. Aquí, en Logroño, de donde soy natural, redacté mis primeras novelas.

—¿Qué temas son tus preferidos?

—Prefiero situar a mis personajes en los bajos fondos, poniéndolos en contacto directo con la vida.

—¿Cómo son los tipos de tus obras, imaginarios o reales?

—Siempre reales. Mi manera de ser me ha llevado a vivir ambientes muy distintos. He sido albañil, *barman*, fundidor, cómico de la legua... Tengo, pues, una amplia cantera de donde extraer personajes humanos y vivos.

—¿Lees mucho?

—Leo bastante, sí. Pero tengo mis preferencias.

—Que son...

—De autores extranjeros me inclino por los nórdicos y rusos. Españoles, los del 98. Y, entre los actuales, Pombo Angulo, Laforet...

—¿Escribes algo ahora?

—He terminado otra novela que acabo de entregar a mi editor.

—¿También realista?

—Insiste en el tema de *Nubes y barro*, pero desde un ángulo más optimista. Ahora el joven novelista halla a un editor y se abre paso en el mundo de las letras...

—¿Y esta tampoco es autobiográfica?

José María Cañas nos mira, no sabemos si sorprendido o divertido. Luego sonríe y contesta.

—Como quieras. No lo es, pero... como quieras.

No se publicó ninguna continuación de *Nubes y barro*. No, al menos, con la firma de José María Cañas. Incluso sorprende el éxito de ésta, que narra una sórdida peripecia muy realista y amarga, cercana al género picaresco, que da con los huesos del protagonista en el reformatorio, el psiquiátrico incluso y en comisaría también. Eso sí, al igual que hicieron Alcántara y Azcona, la salida de Logroño no impidió a Cañas seguir en contacto con la ciudad. José María Cañas colaboró en la revista RIOJA INDUSTRIAL como articulista y, junto con Rafael Azcona, en el suplemento CODAL de la revista BERCEO, donde publicó dos cuentos, *La muerte de los gatos* (N.º 18, 1953) y *Cita en el Café* (N.º 21, 1954).

Aunque no hubo una segunda parte de *Nubes y barro*, Cañas continuó con una prolífica labor literaria. Después de que Azcona se abriera paso en Madrid escribiendo novelas populares de género rosa bajo el pseudónimo de «Jack O'Relly», Cañas Baños se especializó en novelas erótico-sentimentales. La mayoría de ellas aparecieron bajo pseudónimos como «Jean Lorbais» en las editoriales Petronio y Toray de Barcelona, aunque aparece en calidad de traductor. José María Cañas consigue entonces una sobresaliente nómina de libros publicados en los 60, y ya acabando los 70, sin el lastre de la dictadura, se deshace de heterónimos y comienza a publicar obra propia sin tapujos: *Las insaciables ninfomaniacas* (1975), *Diario de una adolescente* (1976), *El matrimonio unido por el placer* (1977), *Cuando se empieza a vivir* (1978), *Violación en el convento* (1979) o *En el calor del verano* (1979); no sin antes haber iniciado una trayectoria paralela de ensayos y manuales del mismo género, como *Prostitución y sociedad* (1974), *Erotismo en el cine* (1976), *Guía sexual de la adolescente* (1976), *Guía sexual del hombre* (1976) o *La vida erótica en España* (1976); para derivar, finalmente, en una narrativa de crítica social en novelas como *La Generación del Hambre* (1977) y *Vivir como ayer, vivir como hoy* (1979). Finalmente se convirtió en un experto sexólogo a través de sus novelas y manuales sobre relaciones sexuales que aún hoy se reeditan.

José María Cañas Baños es, en fin, uno de los más extraordinarios y desconocidos escritores riojanos, de una extensísima obra literaria (curtida en el erotismo literario semipornográfico del «destape» español) y que supo como pocos sobrevivir de la literatura gracias a las novelas populares y a la represión social y sexual de la dictadura franquista. Pocas mentes tan calenturientas y abiertas como la suya, que supo abrir los ojos de la candidez española tras la máscara de los seudónimos y las palabras contenedoras de seducciones y sensualidades.

No son los anteriores los únicos casos en que un riojano ha triunfado en la literatura lejos de nuestra tierra y sin que lo sepamos. Existen, además, nombres como Julio Herrero Ulecia, muy popular en Soria pero absolutamente desconocido en La Rioja. La provincia vecina no sólo ha guardado a este riojano, también Avelino Hernández, media historia de la cultura soriana y que descende de familia riojana. Uno de sus libros de viajes y sobre rincones sorianos (*Donde la vieja Castilla se acaba*), precisamente, dio pie a la escritura de la novela *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares³.

Julio Herrero Ulecia nació el 28 de octubre de 1927 en Arnedo, y aunque había estudiado con los jesuitas en Tudela, pronto se trasladó junto a toda su familia a Soria, a donde fue destinado su padre. No en vano, su padre también es recordado en la ciudad por haber construido el camino que conduce a la ermita de San Saturio. En Soria Julio estudió, trabajó como contratista de Obras Públicas, se casó y tuvo cinco hijos (uno de ellos, Javier Herrero Gómez, investigador y autor de artículos como *Plateros riojanos en la provincia de Soria*, publicado en el número 132 de esta misma revista BERCEO). Antes había trabajado en Portugal, donde vivió la Revolución de los Claveles. Era aficionado a la conversación, a los toros, el C.D. Numancia y el Real Madrid. En Soria también formó una tertulia en el Restaurante Garrido y, de la mano del historiador Gregorio Herrero Balsa, comenzó a publicar sus primeros versos. Aunque escribió en la sombra por voluntad propia, bajo pseudónimos como «Retógenes», «Don Ripio», «Clarín soriano», «Don Martín de la Gorra y Aryso» o el más célebre «Lucio Arévaco», lo cierto es que Julio Herrero adquirió gran reputación y prestigio, sobre todo gracias a una sección propia que publicada semanalmente en HERALDO DE SORIA. En clave poética, Herrero analizaba y criticaba la actualidad soriana, al igual que los humorísticas gráficos o columnistas de los periódicos, pero él en verso desde su sección «En primera».

EL DÍA DEL CONCEJAL

Hay quien lo pide, aunque siembre
sin pretensión de cosecha,
proponiendo como fecha
el 28 de diciembre.
Fecha notoria, ideal,

3. Así lo confiesa Llamazares en el artículo «Pueblos abandonados», recogido en el libro *Entre perro y lobo* (Alfaguara, 2008).

que define al concejal.
 Fecha que hallo consecuente
 porque no hay ni un concejal
 que no se diga inocente
 cuando el concejo va mal.

Fidel Carazo le definió como un «buen matemático, maduro en edad y experiencia que se zambulló en la ingeniería de la métrica poética y, como un Cid redivivo, llevaba un montón de años no dejando títere con cabeza». Como buen crítico, también tenía sus detractores y tuvo que compadecer ante el juez por alguno de sus escritos. El más recordado juicio que sufrió como imputado es el de la defensa a ultranza, y a costa del Ayuntamiento de Soria, de los árboles de la Plaza de San Esteban, que se querían talar para construir un parking subterráneo. A pesar de ser acusado de «injurias», los árboles siguieron en pie ante el clamor popular.

Antes que en HERALDO, Lucio Arévaco ya había aparecido en publicaciones como SORIA, HOGAR Y PUEBLO, SORIA SEMANAL y SORIA 7 DÍAS. Muy querido en su tierra de adopción, Herrero Ulecia se vio homenajeado en más de una ocasión. La primera fue un número especial de SORIA 7 DÍAS en octubre de 1993, dirigido por Juan Carlos Hervías. También hubo un recital en 2006 ofrecido por la Coral Extrema Daurii de Soria y el Orfeón Calasancio de Logroño en el Aula Magna Tirso de Molina, interpretando musicalmente alguno de los poemas del escritor. Antes, en 2004, reunió sus poemas más personales en el libro *Mis versos*, aunque en él —un homenaje de su propia familia hacia el padre— ya se apunta el género satírico que le caracterizó. También se reúnen en este libro numerosos poemas sobre la ciudad de Soria, la que fue su principal musa, y uno en el que muestra la división geográfica de su alma:

ARNEDO, CALLE PRECIADOS

El eco de tus ecos llega
 en alas de la brisa pinariega
 y, entre los pinos, me trae recuerdos vivos
 de huertos, de almendros y de olivos.

Yo recuerdo Arnedo, con cariño,
 la calle Preciados. Cómo era
 la lejana vez primera
 en que yo vi, cuando niño,
 aquella calle empedrada
 donde la abuela vivía...
 Parece estar, todavía,
 en mi retina grabada.

Recuerdo —dulce y menuda—
 a la abuela, con su toca.
 La garganta se me anuda
 pues siento cómo su boca,
 recorriéndome la cara,
 parecía que clavara
 aquellos besos sonoros,
 besos que guarda en su arcón,
 como si fueran tesoros,
 la memoria... el corazón.

Falleció en Soria el 13 de diciembre de 2006, cuando el HERALDO preparaba una recopilación de sus mejores poemas satíricos. El volumen *Versos satíricos. Crítica sostenible del acontecer soriano* de Julio Herrero Ulecia, y prologado por el poeta Silvano Andrés de la Morena, vio la luz de forma póstuma en 2007 y compila los poemas de opinión, crítica y humor del autor, publicados en el periódico. Algunos de ellos tuvieron tanta repercusión que ya habían visto la luz en otras publicaciones, como los que versaban sobre la polémica originada por las obras de la Variante Sur de Soria (en la que también tomó parte, aunque a través de EL PAÍS, Fernando Sánchez Dragó) y que, junto a todo lo publicado al respecto por escritores, arquitectos y demás fuentes de opinión fue reunido en un libro recordatorio. El ingenio y, sobre todo, la responsabilidad de dar un toque de humor a los casos más vergonzantes de la vida social diaria de una capital de provincias como Soria hacían del espacio periodístico-lírico de Julio Herrero una original viñeta poética. Divertido y ácido, «Lucio Arévaco» supo conjugar el buen humor con la crítica incondicional formulando así un chequeo ético de la actualidad soriana. Su buena puntería era envidiable, su acierto a la hora de trazar juegos de palabras e hilar muy fino las ironías son de ávido lector y, los poemas, la mayoría breves, resultan atractivos aperitivos, certeros dardos.

Algo más conocido es el siguiente riojano, también riojabajeño, tanto en La Rioja como, sobre todo, en Burgos, donde vivió la mayor parte de su vida. Y es que la figura de Rafael Núñez Rosáenz ya vivió un homenaje en 2006, en el centenario de su nacimiento, cuando se colocó una placa conmemorativa en su casa natal de Inestrillas y se editó una antología de su obra poética. Antes, en 1999, el Ayuntamiento de Burgos le dedicó una calle de la ciudad con su nombre. Núñez Rosáenz nació en Inestrillas el 3 de junio de 1906 y, debido a la profesión de maestra de la madre, Saturnina Rosáenz, la familia se trasladó a vivir a Pradoluengo (Burgos) cuando Rafael era todavía un niño de apenas doce años. Posteriormente, Rafael Núñez Rosáenz siguió los pasos de su madre, estudió Magisterio en la Escuela Normal de Burgos y ejerció de maestro en Riera de Somiedo (Asturias) y las localidades burgalesas Espinosa del Monte, Pradoluengo y Santibáñez-Zarzaguda.

Al estallar la Guerra Civil Española en 1936 y dividir al pueblo, Núñez Rosáenz intenta mediar para que no se produzca una batalla interna en la localidad. Por esta razón es detenido, juzgado y condenado, aunque, ya entrado en razón, el pueblo media en esta ocasión por él, se reconoce su buena voluntad y es liberado. Acto seguido, Núñez Rosáenz se traslada a vivir junto a su familia a la capital, Burgos, donde se casará y tendrá tres hijos.

En Burgos funda la Tintorería Castilla, en la que el lavado de ropa convive con las tertulias literarias, y forma parte del Regimiento de Infantería de San Marcial y la Academia Burguense de Historia y Bellas Artes Institución Fernán González, de la que también fue miembro el escritor riojano Antonio Cillero Ulecia. Entonces comienza a colaborar en revistas como LA ESTAFETA LITERARIA y periódicos como LA VANGUARDIA, DIARIO DE LEÓN, LA VOZ DE CASTILLA y, sobre todo, DIARIO DE BURGOS, en el que fue crítico literario y musical. La afición musical no quedó sólo en el plano personal de Rafael Núñez

Rosáenz —no obstante, sabía tocar el piano, el clarinete, la guitarra y la bandurria—, también fue miembro de la Banda Municipal de Pradoluengo, participó en obras de teatro y zarzuela y fue subdirector del Orfeón Bungalés. *Claro de Luna*, *A la muerte de un héroe* o el *Himno a Castilla* son algunas composiciones a las que él puso letra, convirtiéndolas en versiones corales.

A pesar de toda esta nómina de conocimientos, no comenzó a escribir hasta bien entrada la madurez, contando 44 años. Influenciado por poetas como Bécquer, la Generación del 27, Kafka o Dostoyewski, publica su primer libro, *Raíces de silencio*, en 1959, al que siguieron *Alba de la palabra* (1962), *Castilla en la memoria* (1971; Premio Fernán González de Burgos), *Burgos, tierra y hombres* (1974), *La paz, inventario y balance* (1977) y *Variaciones sobre el amor* (1984). Asimismo, ganó distintos premios como las «flores naturales» de Miranda de Ebro (1963), Valladolid (1976), Calahorra (1963) y Villafranca del Bierzo (1976), además del Certamen de Exaltación de los Valores Riojanos en 1968, 1969 y 1972 y el Premio de Poesía Jorge Guillén de Palencia en 1986. Incluso la Universidad de la Sorbona le seleccionó para emitir en la RTV francesa poemas del libro *Variaciones sobre el amor*. Gran conocedor de la obra de los hermanos Machado, Núñez Rosáenz impartió diversas conferencias sobre estos en los cursos de verano Merimée-De Sebastián de Burgos. Su trayectoria no pasó desapercibida, el *Diccionario de la Literatura Española*, editado por REVISTA DE OCCIDENTE en 1953, le nombra entre los poetas nacionales actuales.

Aunque afincado en la provincia vecina, Rafael Núñez Rosáenz siempre tuvo muy presente a su tierra natal. En CODAL colaboró en los números 39 (1958), 61 (1964), 68 (1965) y 71 (1968), siempre con odas dedicadas a La Rioja.

RIOJA

Tierra de vino y sol. Desde el Alhama
hasta el valle tranquilo que abre el Glera,
encinta el Ebro, ensancha la ribera
y, espuma entre las cepas, se derrama.

Grano de luz redonda en verde llama,
lámpara y desazón, la vid espera;
oro y sangre en otoño, enredadera
del aliento de Dios que turba y ama.

Desde la alta Castilla te imagino,
oh mi dulce niñez en tus lagares,
donde el alma aromada te sentía.

Si hoy canto tus raíces, peregrino,
contigo irá mi sueño hasta los mares:
viñas, monte y ribera, ¡oh Rioja mía!

Pero Núñez Rosáenz no fue un poeta paisajista más allá de la ocasión. En su obra se encuentran temas trascendentales como el paso del tiempo, la muerte, la vida, el amor y, con especial importancia, la paz; generalmente en un verso endecasílabo impecable, aunque también usó el heptasílabo y el alejandrino. Rafael Núñez Rosáenz es, sin duda, uno de los mejores y más desconocidos poetas riojanos de la historia, aunque cedido a Burgos.

IMSOMNIO

Serenamente escucho tu latido
cuando extendiendo los brazos y se pierde,
río denso en la noche, mi palabra.

Náufrago solo en este mar inmóvil,
serenamente llego hasta la orilla
por caminos sin huella, buceando.

Alta es la noche. Pienso si merece
la vida estar velando mientras suena
la soledad del hombre en sus raíces.

Pesa la desnudez de este silencio:
abismo son mis ojos cuando busco
pájaros invisibles a mi sueño.

¡Tantas veces así, cárcel alada
de mis horas insomnes, esperando
el suave estallido de la aurora!

A su muerte, acontecida a los 87 años (el 2 de septiembre de 1993, en Burgos), un nuevo libro de poesía quedó inédito, la segunda parte de *Variaciones sobre el amor: Del amor y de los sueños*, escrito en torno a 1986. En 2006 se recopiló toda su obra poética en el libro *A vos os digo*, en edición a cargo de Gonzalo Hernando de la Serna y prologado por el poeta Victoriano Crémer. El director del Colegio Público La Estación de Arnedo y corresponsal de DIARIO LA RIOJA José Ángel Lalinde, natural de Aguilar del Río Alhama (localidad de la que hoy depende Inestrillas), es el mayor defensor de la obra de Núñez Rosáenz. Suya es la semblanza que sobre el autor se publicó en el número 3 de la revista BELEZOS (2007) del Instituto de Estudios Riojanos y la autoedición *Rafael Núñez Rosáenz (Inestrillas, 1906-Burgos, 1993)*, en el centenario de su nacimiento (2006), amén de varios artículos conmemorativos publicados en prensa.

Finalmente, si hay un escritor heterodoxo en la literatura riojana contemporánea ese es Mariano Casanova. Nacido en Logroño en 1945, su vida ha sido un continuo viaje. Sin embargo, es en La Rioja donde fue más activo literariamente, creando un joven grupo artístico en los 70 junto Javier Pérez Escotado, Luis Martínez de Mingo, José Fermín Hernández Lázaro y Aurelio Sáiz. De sobra conocidos los tres primeros escritores, el tercero, fotógrafo, está hoy en paradero desconocido. Escotado elaboró una breve pero exacta biobibliografía del autor:

MARIANO CASANOVA VALERO. Aunque nació en Logroño en 1945, de madre zaragozana y padre venezolano, se formó en Caracas, donde estudió Humanidades, Filosofía y Psicología, y dirigió la revista *Ronda*. De todos sus maestros, él siempre recuerda a dos: Rafael Sanmartín, en la escuela primaria de Logroño, y al filósofo español exiliado Juan David García Bacca. Allí publicó el libro de poesía *Palabras ciegas* (1970) y al poco tiempo de regresar a Logroño editó el libro de relatos *Cierto incierto* (1973), así como los afiches *Folleto del mar muerto* (octubre de 1971) y *Elegía y canto a César Vallejo* (1973). Entre los años 70 y 73 estuvo en contacto con el grupo de poesía visual y concreta de Burgos que dirigía Antonio L. Bouza y editaba la revista *Artesa*. Bajo la dirección de

Mariano Casanova y la colaboración de Javier Pérez Escotado, en la Sala de Fiestas Clipper, el miércoles día 21 de marzo de 1973 se realizó un homenaje a César Vallejo en el que colaboraron recitando poemas María José Fernández y José Calleja. En los coros estaban los componentes del grupo Rebaño Feliz; quienes estuvieron allí recuerdan una versión del poema “Masa” (*España, aparta de mí este cáliz*), mejor que ninguna otra de las conocidas, musicada por Jesús Vicente Aguirre. En compañía de Aurelio Sáiz (fotógrafo) y Javier Pérez Escotado realizaron dos exposiciones en las que experimentaban con los márgenes entre poesía e imagen: *Imagopoética I y II*. La I se expuso en el Museo Provincial de Logroño del 11 al 20 de mayo de 1973 y la II en el mismo lugar pero del 20 al 30 de noviembre de 1974 (esta exposición se colgó también en la Sala de Cultura de Estella y de Pamplona, y en la galería Naharro de Zaragoza). Por detrás de estas actividades, en un intento de superar un miserable tardofranquismo provinciano, siempre estuvo la mano amiga de la Sociedad Artística Riojana. Mariano Casanova dejó Logroño y se fue a vivir a Zaragoza, donde regentó la librería Imago durante años. Se trasladó después a Cheste y más tarde a Valencia, ciudad en la que reside actualmente. Manuel de las Rivas, en su prólogo a la *Antología de poesía en La Rioja: 1960-1986*, afirma que Mariano Casanova es un «virtuoso y magnético monologador». Pero Mariano es en realidad y sobre todo un cuentista, es decir, un contador de cuentos, y entre sus inéditos se encuentran la recopilación de relatos *Al principio*, una novela que tituló *A la pata coja* (1986) y una colección de prosas: *Fábulas inmorales y una carta silente* (2006).

Reconstruir la vida de Mariano Casanova no es tarea fácil. Aunque el propio autor está «vivo pero no coleando» —que dijera de sí mismo Juan Ramón Jiménez—, convaleciente de un trasplante de corazón, rehuye la conversación lineal y salpica sus intervenciones de imaginativas ocurrencias e ingeniosos juegos de palabras. Casanova es algo así como la pesadilla del investigador y una maravilla para el público que asiste a una lectura de sus textos. Precisamente con ocasión de su intervención en las I^{as} Jornadas sobre Bohemia Literaria organizadas por la Universidad de La Rioja y la Asociación Cultural Armando Buscarini se tuvo oportunidad de ordenar mínimamente su biografía.

«LA RIOJA TIENE MUCHO POTENCIAL CREATIVO»

El escritor logroñés Mariano Casanova participó en las Jornadas sobre Bohemia Literaria de la Universidad de La Rioja.

[...]

—Veinte años después vuelve a su localidad natal, ¿qué sensaciones tiene?

—Oh, creo que regreso treinta o más años después y lo hago porque uno nunca se va sino que está siempre. Logroño se encerró mucho con su industria del vino, la cultura gastronómica... Debería haber habido más opciones. Hay que salir de nuestro ombligo. La Rioja tiene mucho potencial creativo.

—¿Por qué se fue?

—Camino y camino desde que tengo uso de razón y puedo evocar, así que siempre anduve por muchos lugares: la península ibérica (porque España no sé todavía exactamente qué es), Francia, Italia... y casi toda Latinoamérica. Nunca me fui.

—¿Y qué espera encontrarse en Logroño?

—Veo que las personas que yo conocí en los 70 vuelven a lo mismo, no entienden que no haya búsqueda hacia otras cosas, que no busquen fuera. La Rioja no viaja, si acaso, se conoce algo internacionalmente a García Moreda y ya está.

—Aquí caló su pequeña revolución literaria, vino con ideas nuevas de Venezuela y creó las iconoclastas *Imagopoéticas*. ¿Qué eran aquellos experimentos fotográfico-poéticos?

—Hubo muchas más cosas que *Imagopética*, que suponía una visión distinta de la poesía, abierta de arriba abajo. Yo vine de América y no podía tener ya una única visión de la poesía, como había aquí con los juegos florales. Leí entonces la metapoésía de César Vallejo y quise plasmarlo mediante la *Imagopoética*. También me parecieron fundamentales los caligramas, pero las *Imagopoéticas*, que fueron expuestas en el Museo Provincial de Logroño, viajaron a Navarra, Zaragoza e incluso Japón. Revolucionario fue el montaje que realizamos en homenaje a Vallejo en la Sala Clipper: intervinieron los textos al día siguiente y acabé en el calabozo.

—También creó un subgrupo literario junto a Pérez Escotado, Luis Martínez de Mingo y Hernández Lázaro. ¿Cómo era la vida literaria en Logroño en los años 70?

—También estaba el genial fotógrafo Aurelio Sáiz, Gil de Muro... Aunque ahora casi solo conservo relación con Escotado, sí, entonces participaron muchos escritores, fotógrafos, pintores, músicos y actores. Nos reuníamos en una bodega de Alberite, junto a García Moreda, y creábamos «güebos florales». Lo pasábamos realmente bien. Era otro mundo puesto en marcha.

—Su obra literaria tan pronto es sencilla como hermética. ¿Por qué? ¿Cuáles son sus influencias?

—Tal vez sea así mi literatura, pero porque nada es dentro y nada es fuera del todo siempre. Lo estático es movimiento, desde luego.

—Es una auténtica *rara avis* de la literatura actual. ¿Se considera un *outsider* poético?

—Tal vez se deba al gran amor que le profeso a la palabra, en sí (por sí), a la búsqueda de las cosas esenciales o más sencillas. Tal vez, también, a poder mirar la cábala con los ojos del corazón, de otra forma. Seguramente porque hasta, según como leo, sí, leo y quiero; guardo un orden desordenado, pero no en la mente sino en las formas, que son presencias aparentes.

Fuera de entrevista, durante su intervención el 14 de noviembre de 2007 en el Ateneo Riojano, Casanova apuntó más datos biográficos, a cada cual más rocambolesco. En Venezuela, donde vivió hasta los 30 años, fue detenido por cuestión ideológica, en la librería Imago (especializada en poesía, por lo cual fracasó apenas un año después de su apertura) de Zaragoza recibió a Carlos Mejía Godoy, en la capital aragonesa compartió piso con Celia Guevara (hermana del Che) y de allí tuvo que trasladarse a Tenerife tras sufrir varios atentados fallidos, José Lezama Lima le dedica un poema que simplemente pone «A Mariano» y, en Logroño, vuelve a ser detenido, en esta ocasión, por «alteración del orden público». En los 70 era habitual que Casanova se apostara en los lugares más insospechados de la ciudad y realizara *performances* poéticas para escándalo de los adultos e interés de los jóvenes estudiantes del Colegio Universitario de Logroño, del que también fue alumno. Una de estas acciones tuvo lugar ante el cuadro de horarios de salida y llegada de autobuses en la Estación de Logroño, jugando con las combinaciones y acabando por interesar incluso a la Policía. Con los pies en comisaría acabó en el citado acto de la sala Clipper, por el que sólo pudo explicar que lo que hacía era una entelequia.

—¿Qué es eso de una entelequia? —le espetó el comisario.

—Explíquemelo usted —le respondió Mariano Casanova.

La denodada valentía puso en aprietos intelectuales al policía, lo que —siempre en versión del protagonista— le valió la absolución, por no ahondar en el complicado tema. Aquellas *performances* eran ejercicios de un taller creativo en el que Casanova era el profesor, si no el flautista de Hamelin: «Yo enseñaba a crear mundos y luego desecharlos, pero nunca a lavarse las manos». Las clases las repitió en Cheste, a donde se trasladó tras vivir en Islas Canarias. Luego trabajó en una gasolinera y, actualmente, inválido por su afección cardíaca, reside en Xirivella, otro municipio cercano a Valencia.

Como apuntaba Escotado, Manuel de las Rivas destaca a Casanova en el prólogo introductorio a *La Antología de poesía en La Rioja (1960-1986)* y afirma que su llegada a Logroño tras su periplo hispanoamericano «movilizó nuevas fuerzas y nuevas experiencias [...] y traía en la gaveta lecturas, soles y una indudable capacidad de seducción [...] y un deseo ferviente de comprometer en la literatura a todo el que se pusiera por delante». El periodista Miguel Ángel Rojo también consiguió arrancarle una entrevista a Mariano Casanova con motivo de su vuelta a Logroño y la publicó en la edición La Rioja de EL CORREO el 15 de noviembre de 2007:

«DI UN RECITAL EN CLIPPER Y SE ME ACUSÓ DE COBRAR DE RUSIA»

Hijo de diplomático, ayer se reencontró con Logroño, ciudad en la que pasó su juventud y estudió Magisterio

Mariano Casanova es hoy un escritor sesentón, viajado y lúcido, que ayer llegó a Logroño como invitado de las Primeras Jornadas sobre la Bohemia Literaria de la UR. Pasó en la capital riojana su infancia y juventud, aquí estudió Magisterio y formó parte de la pululante, aunque reducida, gallofa creativa de los 60. Marchó a Venezuela, ejerció de trotamundos y hoy vive «a ratos» en Valencia. No es una visita, es una introspección. Memoriza nombres de sus años mozos: «Amador Galilea, los Rodríguez Maimón, Moreno “de la Tejería”, los Jover, Laura “la de la Vespa”...».

—¿Qué recuerda de sus años literarios en La Rioja?

—Que había mucho por hacer con ese aire provinciano de la ciudad. Recuerdo a gente muy interesante: Jesús Vicente Aguirre, Romanos, José Fermín, García Moreda, Segundo Arce. Éramos la parte marginal. Di un recital poético en Clipper, pasaron el texto al Gobierno Civil y me acusaron de recibir dinero de Rusia...

—Manolo de Las Rivas y Roberto Iglesias tuvieron en esa época protagonismo literario.

—Manolo ha leído todo lo que es legible. Es un hombre con una cultura inmensa, pero se ha enquistado en ella. ¿Roberto? A veces venía, contaba cosas, era como un “picaflor”.

—¿Cómo ve esta comunidad?

—Anquilosada, a pesar de ser de las más ricas. Leo cosas de aquí y parece que unos y otros se autoplagiaran y escribieran reiterativamente. La escritura que se repite es caligrafía. ¿Y la creatividad?

—¿Cuántos años hace que no visita Logroño?

—Unos treinta, aunque alguna vez he estado de pasada. Viví dos años en Perú, mucho tiempo en Colombia, treinta años en Venezuela.

—¿De qué ha vivido?

—De ilusiones y de respirar hondo.

—Entendido. ¿Aparte de eso?

—Es que no hay más aparte. El que vive aparte de eso, vive otro mundo. Entre otras cosas, monté un taller de creatividad y, por cuestiones de la vida, me encontré un querido socio que me hizo una estafa muy grande. Esto además coincidió con mi divorcio. Trabajé en 50 cosas y siempre con dignidad. Como consuelo, me queda alguna actriz importante que pasó por mi taller.

—¿Sorprendido al ser llamado a Logroño?

—Sí. Los españoles tenemos un gran amor a la necrofilia, a rescatar gente a la que dejamos morir de hambre y miseria, como al querido Miguel de Cervantes. Me hizo ilusión, pero a la vez, y tal vez por mis operaciones del corazón, pensé: “¿Hay alguien que cree que me voy a morir?”. Claro que me moriré, pero cuando a mí me dé la gana.

—Mantuvo contacto durante estos años con compañeros de viaje literario?

—He sido fiel a la misiva. Hay gente un poco más joven que yo, de alrededor de cincuenta años, con la que perdí el contacto porque, cuando me mandaban un libro, muchas veces dedicado, me pedían opinión. Se la daba y se acababa la relación.

—Vive ahora en Valencia.

—A ratos. A veces vivo en otros mundos, estoy en casa de amigos, me dedico a pedir limosnas con ellos, entrevistamos a travestís, llevamos comida a toxicómanos... Mi corazón y yo hemos llegado yo a un acuerdo: que no podemos vivir el uno sin el otro.

El primer libro de Casanova, *Palabras ciegas*, es un compendio poético absolutamente libre de toda atadura ideológica, temática, métrica y formal. «Por mi cabeza/ni el sombrero pasa,/porque para eso/no lo cargo». Son sentencias, momentos, sentimientos, aforismos sobre la nada y el todo, absurdos y geniales, ambiciosos y humildes al mismo tiempo. *Palabras ciegas* es uno de esos libros que, al finalizar de leerlo, el lector siente la necesidad de volver a él, aunque no se sabe bien si porque no ha entendido nada o porque le ha sabido a poco lo extraordinario del mensaje.

Cierto incierto, sin embargo, es un compendio de prosas mucho más hermético, casi indescifrable. De las Rivas afirma que «es realmente difícil calibrar dónde comienza la prosa de Mariano Casanova y dónde concluye la poesía. Se saturan la una a la otra. [...] La prosa de Mariano se construye desde una fundamental concepción de la palabra poética que baña cada frase y cada giro sintáctico como en agua regia». Ahora, ya informatizado, e incluso con web propia (www.marianocasanova.com), Casanova hace servicio de *mailing* creativo y envía a sus selectos contactos cuentos hiperbreves de profundo calado poético y simbólico.

— Original Message —

From: Mariano Casanova

To: Diego Marín A.

Sent: Saturday, August 09, 2008 7:27 PM

Subject: Las estrellas viven a pie de calle.

No fueron suficientes todos los tañidos de campanas de todas las catedrales juntas para atenuar el amor entre la paloma y el viento. La paloma voló a su encuentro y el viento la recibió con sus brazos más dulces y sutiles.

ELESCRIBIDORDELESCRIBA

La influencia de Mariano Casanova en la vida y literatura logroñesa fue muy honda. En 1973 creó junto a Escotado, Eduardo Gil de Muro y Luisa Iravedra un concurso literario a través de la Sociedad Artística Riojana pero no premiaron a ningún autor local, como era la intención del certamen. Los pasos de fundir poesía e imagen en la «poesía visual» (o *Imagopoética*) los siguieron otros escritores locales, como Ángel Compairé y Roberto Iglesias —afirma Manuel de las Rivas—, pero sobre todo son recordadas las reuniones del grupo hasta altas horas de la madrugada, bebiendo vino y fumando. Algunas, las más serias, en las que se discutían sobre las más elevadas cuestiones filosóficas, culturales y literarias, se producían en Islallana, sin que nadie recuerde cómo regresaba a Logroño esa misma noche; las más informales, con charlas más triviales y el único fin de presumir de intelectualidad ante las chicas, las convocaban en el segundo piso de una desaparecida taberna que ahora ocupa la perfumería Gonsi de la calle Pérez Galdós.

Como a Carjosán en Haro, a Casanova se le recuerda con nostalgia y cariño en Logroño. Hernández Lázaro, aunque trató, leyó y fue influenciado, dedicó un “Homenaje a Mariano Casanova” que recoge De las Rivas en su introducción:

me quedo por ahora
con
desde el principio
con su serpiente dorada
su bestiario
su liebre su tortuga
y su oruga
con el flautista del crepúsculo
la zorra y el cuervo
el viejo coyote
y la araña generala
con el cóndor que pasa

Enigmático y amante de la cábala, Mariano Casanova vive hoy una vida propia con un corazón ajeno. El suyo no le fue suficiente.

Este recorrido por los escritores diferentes que han poblado la literatura en La Rioja podría ser más amplio de contar con otros tantos que han seguido la misma línea pero que bien ya han merecido otros estudios más rigurosos y profundos que éste, son más célebres en el panorama literario actual y por tanto pierden su condición de «olvidados» o bien aún no han hecho suficientes méritos como para ser recordados de forma extraordinaria pero están en camino. Entre los primeros se encuentran Armando Buscarini y Antonio Cillero Ulecia, discípulos del infortunio y con una trayectoria similar de emigración a Madrid en busca del éxito literario. Por la senda del malditismo también camina el escritor soriano afincado durante muchos años en Logroño Anselmo Ruiz, autor de un críptico libro de poesía en prosa titulado *Los caballos de hojalata* (ilustrado por Demetrio Navaridas) y editor por primera vez en España de la novela sobre la Guerra Civil en Logroño *Las sacas* de Patricio P. Escobal. Más prestigioso —y que por tanto pudiera valer un estudio a parte— es Eduardo Ruiz de Velasco y Sánchez (Logroño, 1884-1954), residente la mayor parte de su vida en Za-

ragoza, colaborador de diversos periódicos y cuyo homónimo hijo ha resultado aficionado a recopilar diferentes gazapos periodísticos de radio y prensa. El listado de autores podría incrementarse con otros conocidos y otros muchos que habitan el olvido incluso de los investigadores. Por ahora es suficiente esta prueba. No hay espacio ni tiempo para más. Como dijo Carjósán, son las nueve y veinte y tengo que viajar.

